



Las Cartas de San Pablo

2ª Carta a los Tesalonicenses (2 Tes)

C
u
e
s
t
i
o
n
e
s
T
e
o
l
ó
g
i
c
a
s

El Anticristo

San Pablo es práctico y objetivo; conoce la historia y la dificultad y las circunstancias que atenazan y rodean la vida cristiana. La tragedia que se dio en los albores de la humanidad sigue sangrando todos los días en la escena de este mundo; el bien y el mal luchan desafortunadamente por regir el destino y conseguir la voluntad del hombre. Satanás no es la representación mítica de algo inexistente; es el Maligno, el Tentador, siempre dispuesto a sembrar la cizaña en los campos roturados para el Evangelio (1Tes 3,5). Existen «hombres malvados, perversos, engañadores». (1Tes 2,15-16; Tes 2,3; 3,2); el misterio del mal no cesa de actuar en el mundo y llegará un día en que desplegará su furia y todo su poder (2 Tes 2,7-9). Existe, sobre todo, el mal que surge del interior del hombre, la pasión, el egoísmo, la lujuria, a pereza, la intemperancia (1Tes 4,1-9; 5,7; 2Tes 3,6-12).

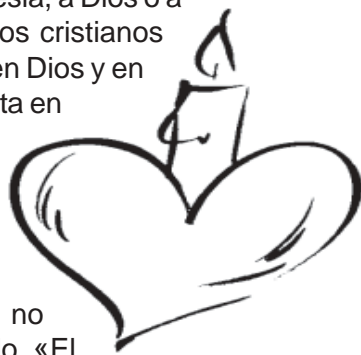


Ciertamente la maldad acosa y acecha, es verdad, pero los cristianos disponen de las armas necesarias para hacer frente al mal (1 Tes 5, 8) y, siempre, han de acogerse a su firme esperanza en Dios, que los ha llamado a la salvación (1Tes 5,9), y, con la ayuda de Dios Padre, crecer y progresar en el amor (1 Tes 3,12). Dios los cuida, los ha escogido, vocacionado para la santificación. Los «conservará hasta la Venida del Señor Jesucristo» (1 Tes 3,13; 5,23-24).

Sin embargo, San Pablo insiste y recomienda que «se abstengan de todo mal» (1Tes 5, 22). Se vislumbra ya aquí la misteriosa tensión entre gracia de Dios y libertad del hombre, tan debatida en la teología católica. Sólo la Biblia es capaz de dar esperanza.

Exhorta a la perseverancia

San Pablo todo lo atribuye, en la Iglesia, a Dios o a Jesucristo o a los dos en conjunto. Los cristianos han de hacer y obrar exclusivamente en Dios y en el Señor. La fuerza de la fe se manifiesta en el amor (1 Tes 3,6-12; 2 Tes 1,3). Pablo mismo ha sido un magnífico modelo; los ha amado hasta querer entregarles su propia vida junto con el Evangelio de Dios (1 Tes 2,8). El amor de Pablo, como el de todo cristiano, no puede ser más que un amor participado. «El Señor os guíe hacia el amor de Dios y la esperanza paciente de Cristo» (2Tes 3,5). No hay que temer, Dios está con nosotros, el amor de Dios nos envuelve; hemos de vivir en consonancia a su amor y no hacer nunca nada que sea opuesto a tal amor. San Pablo rara vez habla expresamente del amor del hombre a Dios (cfr. Rom 8,28; 1 Cor 2,9; 8,3); el ejercicio de este amor lo incluye en el de la fe. En cambio, expresa, en estas cartas y con insistencia el amor fraterno (1Tes 3,12; 4,9; 2Tes 1,3), el amor a todos los hombres, incluso a quienes nos hacen el mal (1Tes 3,12; 5, 15). No tiene paralelo en la Biblia esta expresión: «Los que no han aceptado el amor a la verdad que los hubiera salvado» (2 Tes 2,10). Amar exige entrega, «el esfuerzo del amor» (1 Tes 1, 3) y constan-



cia, por eso, al mismo tiempo, previene contra el cansancio (2 Tes 3,13).

En cuanto a la espera paciente, los exhorta a imitar la paciencia de Cristo en sus tribulaciones; han de mantenerse en la esperanza sin desfallecer y sin turbarse en los riesgos. Les señala el camino cristiano con autoridad y moderación, por el que se ha de andar con la mirada en Jesucristo y dirigiéndose en rectitud. Han de perseverar para ser salvados por la acción santificadora del Espíritu y la fe en la verdad; por eso, fueron llamados por medio de la predicación del Evangelio. Es preciso que se mantengan firmes y guarden las enseñanzas orales y escritas que han recibido.

Trabajo y obediencia

Posiblemente, parezca una paradoja pedir que trabajen a los que están pendientes de la consumación del mundo temporal en el día de la Venida Gloriosa del Señor (1Tes 1,10; 2,11.19; 3,13; 4,13; 5,1ss.; 2Tes 1,7ss.; 2,1ss.); pero, la cuestión estriba, como fácilmente se deduce de los textos citados, en vivir la vida que el Padre amorosamente les concede; el cristiano debe de vivir vigilante, espiritualmente preparado para el día del encuentro con el Señor, desprendidos, por tanto, de todos aquellos lazos terrenos que impiden o dificultan ese encuentro. Esta tierra no interesa de modo prioritario, pero hay que caminar por ella en la senda marcada a cada uno.



Se deduce, en efecto, que algunos visionarios en Tesalónica habían adoptado una especie de quietismo pseudomístico (2 Tes 3,11), lo que instó al Apóstol a enderezar las cosas; no hay, pues, que desestimar las tareas temporales ni entrar en la entusiasta exaltación de los valores simplemente humanos. Es cierto que la vida del cristiano tiene que desenvolverse en un doble plano: la vida profesional civil, que desarrolla en común con toda la sociedad y la vida propia de su inserción en el misterio de Cristo. El cristiano no puede relegar sus imperativos sociales ni apartar sus deberes; ha de colaborar en la realización del mundo temporal, como lo enseña San Pablo, con el ejemplo y con la palabra. Les recuerda que él proclamó el Evangelio «trabajando día y noche» con sus manos (1Tes 2,9); y ordena, manda a los visionarios de Tesalónica que «trabajen con sosiego para comer su propio pan» (2 Tes 3,10-12).

La vida profesional no está, pues, reñida con el espíritu cristiano, ni relajada hacia la apariencia o la dejación; por el contrario, es campo de ejercicio, de prueba, y se debe acometer con esfuerzo y trabajar seriamente en la edificación de la ciudad terrena. Jesucristo no exige a nadie el abandono de sus compromisos y de sus respectivas ocupaciones profesionales; pero sí que se ejerzan con entera voluntad y cuidado, de modo útil para la humanidad, según el cargo y la profesión que se ocupe en la familia y en el ámbito social, siempre a la luz del Reino de Dios. Difícil labor esta desde que la entrada del pecado en el mundo ha roto, o por lo menos enturbiado, la armonía querida por el Creador.

El hijo de Dios, pues, en este camino por la vida ha de moverse en un peligroso equilibrio entre su condición de criatura de esta tierra y su vocación de ciudadano de una «tierra y unos cielos nuevos», hermano de Cristo y súbdito del Reino. San Pablo, manteniendo los valores principales, no desconoce que es preciso realizar un generoso esfuerzo integrador: «Vosotros, hermanos, no os canséis de hacer el bien. Si alguno no obedece estas instrucciones, apartadlo, señaladlo y corregidlo, como hermano» (2Tes 3,13). «Aun habiendo podido ejercer nuestra autoridad, como apóstoles de Cristo, hemos preferido actuar entre vosotros con bondad, del mismo modo que una madre cuida cariñosamente a sus hijos» (1Tes 2,7).